

la frente, cayendo sobre los hombros al estilo nazareno, y terminando frecuentemente en dos rizos sobre el pecho. En las antiguas imágenes se vé más generalmente de frente, en traje de orador ateniense, como maestro del mundo, con un papiro ó un libro en la izquierda, y con la derecha alzada en actitud de bendecir, ó más bien con el ademán en que se representa á los oradores en los escritos y en las miniaturas antiguas, esto es, levantados los tres primeros dedos, y los otros tres doblados. Alguna vez está unido el pulgar al anular doblado y derechos los otros, de cuya manera pretenden que se formasen las letras A y Ω.

La historia añadía á esto la edad y la expresión de aquella bondad moral que no tuvo igual, de la mansedumbre que sabía indignarse, de la calma que sabía llorar por el amigo difunto y por la patria amenazada. Así se formaron los primeros simulacros y por su modelo los sucesivos, de manera que todos conservaron algún parecido, aunque no estuviesen copiados del verdadero.

No aparece que el Redentor haya sido representado en la cruz antes del siglo tercero, y repugnando al genio griego reproducir aquella tortura en toda su crudeza, se representaba á veces cual triunfador con la mitra pontifical ó la real diadema. Representóse más tarde como el hombre de todos los dolores, si bien con los piés separados, y aun se censuraba con frecuencia á ciertos herejes porque le ponían con un pié sobre otro (32). Falta allí la corona de espinas, así como la herida del costado, en atención á que se le representa moribundo y no muerto. Ya algunos de estos crucifijos tenían la inscripción INRI. Solo en el séptimo siglo fué pintado ó esculpido Cristo con las escenas de la pasión, entre las llorosas Marías, y con el sol y la luna á cada uno de los lados del instrumento del suplicio. Cubríasele no obstante de largas vestiduras que fueron acortándose poco á poco. Gregorio

(32) Véase sobre las variaciones sufridas por el crucifijo una disertación del canónigo Settala en las *Actas de la Academia Romana*, t. II; y en general GORI, *Sacr. Dypt.*, tomo III. Pretende aquel que solo en el décimo cuarto siglo se hizo en la cruz la figura de Cristo de relieve; mientras que antes solamente estaba pintado en ella, pero se engaña; el monasterio de Chiaravalle cerca de Milán, poseía un crucifijo desde el décimo ó undécimo siglo. Véase *Antigüedades longobárdicas milanesas*, pág. 34. Al principio del siglo X, el papa Sergio mandó hacer una cruz de plata; *habentem crucifixum totum de auro*. JUAN DIÁCONO el Joven.

de Tours refiere (33) que en el sexto siglo se le representó por primera vez desnudo en la catedral de Narbona, si bien el obispo hizo que lo cubrieran.

En el quinto siglo se introdujo la sencilla y suave figura del niño Jesús sobre el regazo de la Virgen, su madre, cuando se alzaron los herejes contra la maternidad divina. Entonces fué cuando se añadió al *Ave María* la segunda parte, donde se le llama madre de Dios como perpétua protesta contra el error.

Se representaba á los ángeles, á los arcángeles, á los serafines, con facciones juveniles é impregnadas de devoción, con alas y casi siempre multiplicadas ó colocadas, ora á la cabeza, ora á los piés, ora sirviendo aquellas alas de brazos; pero generalmente se les cubría con una larga túnica, mirádoles griegos y latinos como objetos de devoción, y no como obras de arte. Amenudo se hallan en los monumentos querubines con cuatro alas, ó son solamente cabezas de donde salen cuatro manos. A veces los ángeles llevan el bastón como mensajeros de Dios, aconteciendo así con más frecuencia entre los griegos que entre los occidentales.

Lo que hemos dicho anteriormente de los retratos de Jesús y de María se aplica igualmente á los de los apóstoles. Comunmente se les representa descalzos ó con unas ligeras sandalias. Diéronse á San Pedro las llaves hasta por los griegos, aun cuando lo nieguen algunos, pero la espada sólo se puso posteriormente en manos de San Pablo. Si generalmente se halla colocado este apóstol á la diestra del otro hasta en los sellos de las bulas papales, no indica esto una preeminencia, sino que no se hacía ninguna distinción del lugar á derecha ó izquierda. Desde muy luego fueron simbolizados los evangelistas en los cuatro animales sosteniendo un libro.

La aureola que todavía ponemos alrededor de la cabeza de los santos, proviene del uso de colocar una especie de marco detrás del retrato de una persona ilustre aún viva.

Cuando la iglesia se vió triunfante, no tuvo ya que temer lo que podía parecerle peligroso al principio; y en vez de repudiar las artes, se las apropió purificándolas con todo lo demás, comprendiendo que tienen también sus efectos morales é intelectuales cuando sienten su propia elevación, y convirtiéndolas en firmes y elocuentes auxiliares para la propagación de la fe.

(33) *De glor. martyr.*, cap. 23.

EPILOGO

El elemento aristocrático é inmóvil del Oriente cesó de luchar con el elemento popular y progresivo de Occidente, el día en que ambos se pusieron al servicio de la unidad monárquica, no para reanimar allí alternativamente, sino para languidecer juntos bajo el pernicioso influjo de la fuerza. La devoción que antiguamente profesaba Roma al Estado, se refiere al emperador luego; las leyes de lesa majestad protegen al monarca divinizado, como en otro tiempo servían de salvaguardia á los magistrados populares, y la legalidad lógica ha substituído el ciego amor de la patria la ciega obediencia á su déspota. La ley Julia declaró traidor y perjuro al que funde las estatuas de los emperadores ó «hace algo semejante.» (1) ¡Qué campo tan abierto á la más terrible de las acusaciones! Se necesitó un *senatus-consulto* para declarar que no había delito de lesa majestad en destruir los simulacros de los emperadores reprobados, y los rescriptos de Severo y Antonino para absolver á los que los vendían de los no consagrados, ó á los que por casualidad los tocaban con una piedra (2). El *jurisconsulto* Paulino persiguió como criminal de Estado á un juez que había fallado en sentido contrario de las órdenes del emperador; habiendo jurado Faustiano por la vida del príncipe no perdonar nunca á su esclavo, se cree obligado á perseverar en su cólera por no incurrir en la acusación de lesa majestad. (3)

Moderaban los buenos príncipes aquel rigor insensato, hacían los malos de él un instrumento de

vengeanzas, de crueldades, de rapiñas; y por ellos la raza infame de los espías (4) divulgaba entre el pueblo la peor de las corrupciones, la que induce á sospechar la existencia de un enemigo en el hermano que acaba de sentarse en nuestra mesa.

Apoyado en tales medios un emperador puede todo lo que quiere; y si la casualidad del nacimiento, el capricho del ejército, ó la venalidad de una asamblea colocan un monstruo sobre el trono del mundo, esparcirá más su propia corrupción cuanto de más alto domine. Si al revés la fracción poco numerosa de las personas honradas, de acuerdo con la secta estoica deseosa de arrancar el imperio á la fuerza bruta, logra á poner á su cabeza príncipes de virtud eminente, estos dejarán una memoria eternamente bendecida, consolando los males de las personas más cercanas á ellos, pero habrán de secundar ellos mismos las perversas inclinaciones de una sociedad material, en que el espíritu no ocupa ningún puesto, en que los hábitos de un desenfrenado poder se han naturalizado hasta al punto de no dejar distinguir la justicia y de hacer callar la voz de la humanidad, en que desunidas y desalentadas todas las clases, se em-

(4) «¿Son necesarios los espías en la monarquía? No es esta la práctica ordinaria de los buenos príncipes. Cuando un hombre es fiel á las leyes, ha cumplido con sus deberes hacia el príncipe. Es preciso por lo menos que tenga su casa por asilo, y el resto de su acción en seguridad. El espionaje sería tal vez tolerable, si pudiese practicarse por personas honradas; pero la infamia necesaria de la persona puede servir para juzgar de la infamia de la casa. Un príncipe debe obrar con sus súbditos con candor, con franqueza, con confianza. El que tiene tantas inquietudes, sospechas y temores, es un actor que está embarazado en su papel.» MONTESQUIEU, *Esprit*, XII, 23.

(1) *Aliudve quid simile admiserint*. Dig. I, VI, ad leg. Jul. maj.

(2) *Idem*, I, IV, 1, V, 2.

(3) Pero Alejandro respondió: «Demasiado mal me conoces.» Cod. Teod., I, 2. ad. leg. Jul. maj.

religión, predisponiendo para el estudio, apartando los obstáculos que se oponen á su desarrollo, perfeccionando la disciplina: hace que aquellos que no tienen fe en ella, acepten sus máximas por la educación, por la costumbre y por las leyes.

Es engañarse el creer ver en la religión y en la civilización una sola y única cosa, ó el creer la una resultado de la otra. Cuando la primera tiene por base la fe, se funda la otra en hechos conocidos; cuando la civilización no tiene más que una mira relativa y accidental, la de la religión es absoluta y necesaria; la una tiene por ley la libertad, con cuya ayuda se va desarrollando, y la otra la autoridad por la que conserva su perfección. Se engañaría por lo tanto el que quisiese sujetar el cristianismo á reglas de progreso, como si no fuese más que una perfección de las precedentes religiones, á la que las mejoras sociales podrían más tarde llevar una más completa (7). Son los hechos el campo del progreso; pero girando la parte vital de la sociedad en la órbita del conocimiento de las ideas, no puede llegar á ningún progreso intrínseco, atendido á que el ejercicio de las facultades humanas no contiene elemento alguno que no esté comprendido en la primera intuición del pensamiento y en la concepción esencial de las verdades racionales.

Aunque el cristianismo, revolución enteramente moral, no se inclinase á cambiar las relaciones y la condición exterior del hombre, declarase por el contrario no querer tocar el edificio social, y aunque respetase las grandes injusticias de aquella época, la tiranía, la esclavitud y la guerra, demuestra sin embargo desde sus principios cuanta influencia tenía en los progresos. Porque no cambiaba la sociedad, aunque sí el modo de considerarla; no quitaba los padecimientos, pero los convertía en méritos. No proponiéndose con efecto reformar el pueblo con el gobierno, sino el gobierno con el pueblo, mejoró la moral y las inteligencias, obra de civilización muy importante, por cuanto se encontraba íntimamente ligada por la constitución social. Donde domina la anarquía, la impiedad, la disolución y el egoísmo, substituye de repente una organización gerárquica, la fe, la santidad y el amor generoso y universal. Aunque entonces el poder sujete y comprima á la sociedad espiritual, sufre su ascendiente virtuoso; meditando los juriconsultos en la letra tenaz de las leyes, se sienten inclinados á pesar suyo por una influencia contraria. En esta constitución en que el emperador y el ejército lo pueden todo, se abre paso un ejemplo de dos prendas supremas de la libertad, la elección y la discusión; y se emancipa á los hombres de las leyes humanas arbitrarias, para someterlos á la ley racional y divina (8).

(7) Esto es lo que enseña Lessing en su *Educación progresiva del género humano*, y lo que los sansimonianos han sostenido después con cierto aparato de ciencia.

(8) Teodosio y Valentiniano escriben: *Digna vox est*

Semejantes beneficios no fueron comprendidos entoces por los fuertes ni por los sabios. Irritados los primeros y sorprendidos de ver gentes resueltas á sostener, á pesar de la voluntad imperial, la independencia de sus convicciones, se pusieron á perseguirlas primero por antipatía, sin cólera, sin miedo, sin fanatismo siquiera, por secundar la afición del pueblo á los suplicios, y luego bajo Diocleciano con el firme propósito de su exterminio.

También se apoyaba en la ley esta inmensa injusticia. Pero la ley que autorizaba las persecuciones parecía obscura aún á los mismos juristas: podía ser interpretada ó suspendida, no solo por los césares, sino también por los procónsules (9), último testimonio y el más sangriento de todos del poco caso que hacían los antiguos de la vida de sus semejantes.

Hacia, pues, su deber la antigua sociedad, y cumplía la moderna el suyo. Aceptan los cristianos la pena de muerte, si bien declarándola inicua: se creen mancillados por la vista del suplicio, y vedan el sacerdocio á todo el que ha matado ó ejercido el derecho de sangre (10), elevando así al más alto punto el carácter del hombre, no ya solo cuando está envuelto en la toga senatorial ó en el manto filosófico, ó decorado con el anillo ecuestre, sino también cuando es pobre, ignorante y hasta delincuente. Es hombre y esto basta.

Esta resistencia muda, pero constante, reveló el vigor del cristianismo. Constantino tuvo el mérito de reconocerlo y aceptar de buen grado lo que sus sucesores se hubieran visto obligados con el tiempo á sufrir por la fuerza.

Pero antes de que cesara esta lucha de tres siglos, entre los cristianos por una parte, y los césares y sus verdugos por otra, se había suscitado un nuevo combate.

Hállanse el Oriente y el Occidente en las escuelas en frente del cristianismo, que extendiéndose sobre todos los hombres y sobre todos los intereses debía encontrar naturalmente muchas é interesantes contradicciones. Los neoplatónicos quieren elevarse á Dios, no por medio de la fe, sino por medio de la doctrina. Entonces empieza la más noble lucha que jamás se ha visto: sectas judaizantes, sectas judaicas, sectas orientales, favorables ó contrarias á los hebreos, sectas cristianas favorables ó contrarias al ascetismo, aceptando ó combatiendo la teosofía asiática; es la lucha del talento entre la teología antigua y la moderna, entre la mitología poética y la religión moral, entre la antigüedad decadente y el principio de la nueva era.

majestate regnantis legibus alligatum se principem profiteri, adeo de auctoritate juris nostra pendet auctoritas. Et revera majus imperio est submittere legibus principatum. Cod., lib. I lit. XIV, 4. Y un siglo después: *Omnes legibus regantur, etiãsi ad divinum donum pertineant.* Idem 10.

(9) Cartas de Plinio á Trajano.

(10) San Ambrosio para hacerse indigno del episcopado, asistió á un juicio capital.

A la sazón acaeció con la doctrina evangélica lo que con todas las innovaciones; tratada primero de sueño y de locura, se reconoce su sublimidad luego, si bien acusándola de plagio, pretendiendo que todas aquellas verdades provienen de Egipto, de la India y de la Academia; en fin, se adoptan todos sus principios, y sin embargo se persiste en combatirla. Mas ¡ah! ya no pesa la espada en la balanza, y la autoridad de los césares, en el apogeo de su fuerza, no quiere ya determinar la creencia; tanta eficacia tuvo la palabra, que distinguió los derechos de la cuchilla de los del pensamiento!

Despechada al verse contradicha la antigua literatura, parece querer adquirir una vida artificial en los sepulcros, se obstina con energía en despertar fantásticos recuerdos, en embellecer lo pasado, en estrecharle con tenacidad cuando se le escapa de las manos. Este renacimiento tardío de las letras y de la filosofía debe colocarse entre el número de los más singulares fenómenos de la historia. El arte del estilo, que en los días de Pericles y de Augusto elevaba á ciertos hombres á una inmensa altura sobre los demás, se había ya perdido; y no se trata ya entre escritores, de esta perfección artística que hace trazar á cada cual su propio surco en el campo de la cultura intelectual. Aun en la época á que llegamos se descuida la forma por la esencia: son dos ejércitos compactos que se dan batalla en el campo del pensamiento humano,

obrando uniformemente uno para defender y otro para derrocar el mundo antiguo. Hé ahí porque no desea uno tanto detenerse parcialmente en cada uno de ellos como abrazarlos en conjunto y descubrir aquel espíritu de indagación estimulado por cuestiones de una importancia mayor que las sencillas rivalidades de escuela; esta es la causa de que pululen grandes verdades como grandes errores, sostenidos por ingenios rejuvenecidos, arrastrados entre el torbellino del siglo y el progreso universal.

La sociedad pagana tenía en su favor todas las instituciones favorables al progreso de las ideas y al desarrollo de los espíritus; y al revés, la sociedad moderna carecía totalmente de ellas, debía hacer que se derivase todo de una voluntad perseverante, de la pureza de sus creencias, de su imperio sobre los ánimos de la necesidad que tenían de propagarse, de tomar posesión del mundo.

Y sin embargo, la victoria no permanece largo tiempo dudosa; todo anuncia que la sociedad antigua está herida en el corazón. Solo que, á semejanza de aquellos héroes de la Edad Media, que continuaban combatiendo tres días después de muertos, se sostiene aún por su propia mole; pagana en el fondo hasta cuando se hace cristiana exteriormente, prolonga una existencia artificial en un todo, hasta que los bárbaros llegan á quemar los restos de aquel inmenso cadáver, á fin de que su putrefacción no infeste la tierra.